

## **Bolivia respira humo y asfixia la vida**

Por Ismael Luna Acevedo

“Bajo el cielo más puro de América”, reza el inicio de la letra del himno a Santa Cruz de la Sierra, la ciudad y región oriental, considerada la más pujante de Bolivia. Dicha frase, contrastada con la realidad, es una dolorosa paradoja que, como consecuencia de los incendios forestales tan recurrentes de los últimos años, acelera el cambio climático por encima de un grado centígrado más que el resto de los países de la región. “Aquí solo se respira humo y, al contrario, se asfixia la vida”, relatan los propios habitantes de estas tierras bajas o llaneras, donde convergen más de un tercio de la población del país.



Eufronio Herrera, un pequeño productor de soya de la zona de San Pedro, municipio distante a 110 kilómetros al norte de la capital “cruceña”, de donde sale el 60% de producción de granos del país, al igual que miles de agricultores, siente los efectos del calentamiento global, pero dice ignorar a qué exactamente se debe el fenómeno. “Trabajamos para producir, en días de intenso calor, un paisaje gris y una atmósfera cargada de humo que apenas nos permite ver el sol radiante de otras épocas”, argumenta.

La realidad es que miles de familias como Herrera, viven a flor de piel los rigores de los incendios forestales, cuya intensidad marcó récord de catástrofe ambiental el 2019, con pérdidas de 6,4 millones de hectáreas de bosque, incluida la biodiversidad de flora y fauna silvestre. Y este año los reportes señalan otra similar de 2,5 millones de hectárea de pérdida, en gran parte de ellas impactando directamente en áreas protegidas y reservas forestales que involucra Amazonía, el bosque seco Chiquitano y el gran Chaco.



Miguel Ángel Crespo, director de *PROBIOMA* (Productividad Biosfera Medio Ambiente) enfatiza que los incendios forestales inciden en el cambio climático porque al desaparecer el bosque, disminuye la humedad que regula la temperatura, sumada la desaparición de las lluvias. Además, menciona que los efectos son: sequías, pérdida de fuentes de agua, plagas (langostas), disminución de la productividad, procesos de desertización de la tierra, pérdida de la biodiversidad.

La situación es tan compleja que los mismos productores de granos u oleaginosas (soya, sorgo, maíz y girasol) y trigo, a los que algunos expertos echan la culpa de la deforestación y los incendios, experimentan pérdidas a causa del comportamiento climático.

Isidoro Barrientos, agricultor pequeño de la zona de Cuatro Cañadas, municipio al este de la capital Santa Cruz, relata que las recurrentes sequías e inundaciones por “precipitaciones bruscas”, han provocado grandes pérdidas económicas a su cosecha de granos en los últimos cinco años. “El clima no nos está acompañando; si no son las inesperadas inundaciones, son las permanente sequías que nos hace perder todo”, enfatiza.

El calentamiento global y el acelerado cambio climático, en el caso de Bolivia, según expertos es atribuible a dos fenómenos: la constante deforestación para ampliar la frontera agrícola- pecuaria y por el otro, los intensos incendios forestales. Los argumentos, en el caso de los incendios, es que se hace “chaqueo”, práctica tradicional de quema controlada de malezas y desmontes para habilitar la tierra para la nueva siembra, pero ese ejercicio en el fondo se convierte en un cheque en blanco para incendiar el bosque.

“A falta de bosque hay mayor calentamiento del ambiente”, deduce Ruth Alipaz, líder indígena Tacana, natural de la comunidad San José de Uchupiamonas del norte de la Amazonía de Bolivia. Ella relata que, en su comunidad, antes los mayores cuidaban de no deforestar alrededor del pueblo para proteger los ojos de agua cercanos, además para mantener cerca la disposición de material con que se hacían o se reparaban las casas, o cuidar los árboles frutales silvestres para consumo estacional del pueblo.

“Yo he crecido viendo que mi abuelo, como todos en mi pueblo, haciendo el chaqueo y la quema de no más de una hectárea de bosque, y aprovechando de los “barbechos” (rotación de uso de la tierra cada dos años), pero no provocábamos incendios forestales”, asegura Alipaz.

Carmen Capriles, coordinadora general de la plataforma ambiental Reacción Climática, refiere que los proyectos extractivistas tienen un efecto directo e indirecto en el cambio climático y las más letal de ellas es el ‘agronegocio’, entendida como la gran agricultura extensiva de la soya. “La ampliación de la frontera agrícola y pecuaria causa deforestación. No solo nos hace perder especies de flora, fauna y nuestra rica biodiversidad, sino que tienen un impacto directo en el clima de la región y en especial sobre el régimen hídrico”, argumenta.

El 2019, un estudio de la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible (SDSN -Bolivia), ubicó a Bolivia como uno de los 10 países con mayor deforestación del mundo, con un promedio anual de pérdida de bosque de 350 mil hectáreas, registrados entre el 2016 y 2017. Con relación a los años '90 del siglo pasado, cuyo promedio registraba 150 mil hectáreas/año, la cifra superó en más del doble.

Dicho estudio mostró también que el 78% de esta actividad se concentra en solo 25 municipios de las 339 existentes en todo el territorio nacional. Y de esos 25 municipios, los niveles altos de deforestación por hectáreas/año, se encuentran en las zonas donde se registran la mayor actividad agrícola y pecuaria del país.



“La agroindustria en el caso de Bolivia la realizan empresarios que incendian bosques para la soya y la ganadería”, denuncia Katherine Fernández, investigadora de la plataforma Cambio Climático. La experta, enfatiza que el caso de la ganadería es doblemente emisor, ya que se amplía con fuego la



frontera agrícola para sembrar 'sujo', que es un pasto traído de África. "Los ganaderos lo han introducido sujo porque crece rápido, en este caso emite dióxido de carbono CO<sub>2</sub> y emite también gas metano que proviene de los miles de toneladas/día que defecan los animales del ganado vacuno", describe.

Bolivia, desde hace tres décadas, registra sequías prolongadas, la escasez de agua de lagos, ríos y vertientes de agua. "Los sembradíos en las comunidades están muriendo tanto por la sequía como por el intenso calor que se vive diariamente y con más fuerza cada año", enfatiza Alípez.

También otros estudios dan cuenta de la proliferación de plagas que se comen lo poco que se produce en los chacos, también están perdiendo fuentes de alimento; entonces buscan lo que sea para comer. El otro aspecto es el movimiento de animales hacia áreas que normalmente no son su hábitat, en una forma de adaptación; la muerte de peces en los ríos que se van secando o por la contaminación minera; y el hambre y sed en las comunidades indígenas, originaria y campesinas. Cómo única vía para frenar esta incontrastable realidad, dicen los expertos, es que las políticas gubernamentales, indistintamente quién esté en el poder, determinen un freno y cambio de la actual matriz productiva.

"Bolivia necesita urgente una política climática que vaya más allá de un simple discurso en defensa de la Pachamama (Madre Tierra). Debido a la diversidad de pisos ecológicos y la situación socio-económica, lo convierte en uno de los principales países vulnerables al cambio climático", finaliza Capriles, mientras estos días se respira humo y la vida se achica cada vez más.